

nos hechos que aristocrático historiador de Napoleón III ha referido. Cierta empleado en la prefectura estafó tres millones de francos. El prefecto de París tuvo conocimiento de la estafa y despidió al estafador, y como supiera las relaciones que le ligaban estrechamente con el César, notificó á este la cesantía y la causa de la cesantía. Poco despues el cesante apareció en la *Gaceta* condecorado con la cruz de la Legion de Honor. Otro alto empleado de palacio subastó los consumos de un pueblo por seis meses y llevó víveres para seis años. Él recabó un beneficio enorme, pero en seis años no reportaron ni al municipio ni al Estado ningun beneficio aquellos fieltos. El Emperador dió un empleo en Palacio á ese bergante. Todas estas historias referidas, agrandadas, pasando de boca en boca, y de tertulia en tertulia, daban al Imperio un aspecto tal en la opinion pública, que el ódio habia llegado al paroxismo, y en todos los lábios se veía dibujarse la palabra de los días supremos y siniestros, la palabra sacramental de las grandes crisis, la palabra «revolucion.»

Por todas partes llovian anécdotas sobre el carácter, sobre la vida, sobre la persona del César. Durante algun tiempo fué fácil perseguir y aprisionar á los murmuradores, porque si eran muchos los mal contentos, eran pocos los animosos. Despues, perdido el miedo, para perseguir y aprisionar á los murmuradores, se necesitaba ciertamente perseguir y aprisionar á toda Francia. Contaban que preguntándole una dama inglesa á Lord Cowley por el carácter de Napoleón III, le respondió el diplomático: «habla poco, pero miente mucho.» Los agentes consulares del Imperio eran de una avaricia y de una sordidez incomparables. Decíase que en un banquete diplomático de Constantinopla habia sido referida la siguiente anécdota: Mehemet-Alí, exasperado por las exigencias de los consules franceses, refirió á uno de ellos el siguiente idilio, tan en armonía con las cos-

tumbres literarias de los árabes, expresivos en sus ideas y dotados de pintoresco lenguaje. Cayó cierto musulman en pozo hondísimo, y creyéndose perdido como era natural, comenzó á pedir á voces alarmantes inmediato auxilio. Corrió en su socorro un cristiano vecino suyo, y lo salvó. Pero desde este momento, el desdichado turco no pudo verse libre de las peticiones y exigencias de su salvador. Un día le reclamaba su caballo, otro su bolsa, y temía que le pidiera hasta sus mujeres. Fueron tantas y tales las exigencias del cristiano, que el musulman, desesperado, le llevó al borde del pozo, y le dijo: mira, me voy á echar de nuevo ahí dentro, pero por Dios no me salves.

Así no era maravilla que Napoleón III dudase de la honradez de todo el mundo y creyera las más altas inteligencias, los corazones más enteros, y los más íntegros caracteres, accesibles á sus halagos y prontos á ceder á sus captaciones y á su corrupcion. Sentíase profundamente herida Francia, rebajados los franceses por unas palabras que prestaba al Emperador la fama, por un concepto denigrativo para su nombre, por el concepto que se le atribuía de haber pensado y dicho, contestando al programa de un legitimista, deseoso de ver á su rey circuido de todos los hombres honrados de la nacion, «que los traiga del extranjero.» Esta ligereza en las palabras concordaba con igual ligereza en los hechos. Contábase que, ajustada la paz con Rusia, sembrados en aquel Congreso diplomático los gérmenes de la unidad de Italia, próxima una nueva era en la política imperial, y una edad nueva en la historia moderna, el gran César solo se ocupaba de la clase de pluma con que se habia de firmar el protocolo, y su propio introductor de embajadores certificaba que para este fin altísimo habia él mismo ido al jardín de plantas y arrancado una pluma, ó al ala, ó al rabo no recuerdo bien, del águila que habia allí, prisionera, enjaulada como la Francia. Y con este motivo los periodistas más

ingeniosos desautorizaban hasta los símbolos del Imperio diciendo que el águila, esa ave rapaz, de ojo avizor, y afiladas garras, ladrona de los aires, podía ser el símbolo de un César aventurero, más no el símbolo de la nacion francesa, que habia preferido siempre y conservado el ave valiente y útil, profeta de la luz, vigilante y nerviosa, que anuncia al Labrador la hora del trabajo, que mantiene el orden y la autoridad entre las aves domésticas de las haciendas y que se llama el gallo.

Hasta las glorias de las guerras de Italia, de la guerra más popular en Francia, se le negaban á una en esta época de su decadencia y de su desprestigio. Recordábase que habiendo entrado en la península como un dios de la antigüedad, tuvo que salir á hurtadillas como un ladron sorprendido en sus criminales faenas. Decíase que para evitarle un gran disgusto, al firmar la paz de Villafranca y renunciar al programa de llevar la guerra hasta el Adriático, tuvo que sacarlo de noche, á hurtadillas, en su propia carretela Víctor Manuel, y ponerlo en camino, protegiéndolo así contra las justas iras del pueblo italiano. Cavour decia que en los asuntos de Italia habia preferido Napoleón el conspirar al resolver y decidir, como si en su naturaleza quedase siempre, cual un rasgo indeleble, cual una parte de su constitucion física y de su carácter íntimo, ese ministerio y ese oficio de conspirador á todo trance.

Y como conspirador perpétuo, solo de conspiradores se hallaba rodeado. Bacciochi, que era el privado de la casa, habia ejercido en Florencia oficios tan viles, que como llamase á uno de sus antiguos amigos y paisanos, y le enseñara en la Tullerías sus imperiales salones, el camarada de la desgracia y la deshonra no pudo contenerse y exclamó en su gutural toscano: «Che Carnavale.» Mas ¿para qué hablar de los cortesanos, cuando la magistratura francesa, en su expresion más alta, en sus representantes más legítimos, en los

magistrados del Tribunal Supremo, se reunió el Dos de Diciembre, y publicó este fallo: «Considerando que Luis Napoleón Bonaparte es reo de alta traicion, decretamos su acusacion y su deposicion» y el día tres, consumado el crimen, triunfante la traicion, administraban justicia en nombre de ese mismo Napoleón Bonaparte? El mal ejemplo lo habia invadido todo, lo habia todo gangrenado. A las causas más escandalosas acudian las señoras más encopetadas, y se complacian con verdadera voluptuosidad en escuchar los detalles más vergonzosos. Y como sucedia en la Roma imperial, y en la Bizancio epicúrea, y en la depravada España de los godos, y en la Italia de los Borgia, y en todas las naciones corrompidas, el vicio se trocaba en crimen. Y cierta vez que se debatian estas escabrosas monstruosidades dijo el Presidente del Tribunal en la Audiencia misma de París: «atendiendo que los debates van á empeñarse sobre hechos de la más repugnante inmoralidad, invito á las personas honradas á dejar el salon.» Aunque estaba lleno el local del bello sexo, nadie se movió. Y el presidente dirigiéndose á los alguaciles dijo: «ahora que las mujeres honradas se han ido, echad á todas las demás.» Los esbirros se multiplicaban como las langostas en esta sociedad desquiciada. Eran esbirros los conserjes, los mozos de café, las nodrizas, las doncellas, los cocineros. Así el que decia hasta en su casa alguna gracia contra el Emperador, á las altas horas de la noche, en el seno de la soledad y de la confianza, estaba seguro de amanecer camino de Cayena ó de Lambesa. En un baile dado al príncipe de Gales contábase hasta cien expías de alto coturno. La Emperatriz misma se veía vigilada y perseguida por estas siniestras sombras que proyectaba sobre toda Francia el monstruo infernal de la tiranía. Y los esbirros creaban adrede los demagogos á sueldo. Muchas veces los atentados á la vida del Emperador fueron ciertos y peligrosos. Pero otras veces eran fingidos en la

calle y tramados en la prefectura. Hasta en los grandes procesos políticos aparecían los provocadores pagados. Existían apóstoles incendiarios, bebedores de sangre humana, ateos de profesion, propagandistas de la guerra á la propiedad y del culto al amor libre, oradores de club y de taberna, que calumniaban á todos los buenos republicanos, presentándose como los ortodoxos de la doctrina, como los amigos del pueblo, como los redentores de la sociedad, y luego eran locos fingidos, energúmenos á sueldo, demagogos inspirados por la oficina del estómago, y mantenidos con el dinero de los presupuestos. La casa de Bonaparte que creía regir el mundo, demandaba de rodillas la limosna de un elogio á la sociedad de las utopías, dirigida por un ruso nihilista, á la Internacional de los trabajadores. Y las blusas blancas que, durante las elecciones, perturbaban el orden público, y daban vivas á todos los elementos anárquicos, salían como murciélagos de las cavernas infernales de aquella inmunda policía.

A todas estas atrocidades se unían errores crasísimos en política, y en su esfera más alta, en la política internacional. Cuando se vió que Prusia había escogido el camino de Dinamarca para ir á Sadowah, todo el mundo en Francia acusaba á las potencias occidentales por no haber defendido con empeño la integridad de ese necesario reñecillo del Norte. Mas era cosa averiguada que Inglaterra no protestó en aquella ocasión porque se opuso Francia, y que Francia se opuso porque Russell había contestado con una absoluta negativa á la reunión del fantástico congreso europeo ideado por Napoleón III, en apariencia para revisar el derecho internacional y fundar la paz perpetua, en realidad para darse aires de presidente y jefe de todos los soberanos de Europa. A meras vanidades, á rencores de amor propio, como un *dilletanti*, como un artista, como un Neron falso y contrahecho, sacrificó el César Bonaparte los intereses de su política

internacional, y la coyuntura más favorable que podía encontrarse para recabar el antiguo histórico predominio de Francia en Europa. Bien es verdad que Bismark ejercía entonces sobre Bonaparte la misma fascinadora influencia que ejerciera antes Cavour. El ministro alemán sabía que el orgullo era el flaco del Emperador y lo atiborraba de alabanzas. En las Tullerías, en el gabinete donde el Emperador trabajaba, frente á frente de su sillón, al cercano alcance de sus ojos, veíase una humilde tarjeta fotográfica de Bismark, tras la cual había una dedicatoria épica llena de elogios, que se dirían caídos de la pluma de un poeta oriental y no de la pluma de un diplomático alemán. Véase lo que es entregarse á merced del gobierno personal, en las garras de un César absoluto; los elogios de esa fotografía quizá han costado á Francia veinte mil millones de reales y dos de sus más ricas provincias. Desde el hecho de Sadowah corría por todas partes la noticia de que el Emperador quiso mezclarse en la contienda y no pudo, porque no tenía tropas bastantes, y no tenía tropas bastantes porque uno era su número en los documentos oficiales y otro en la realidad, sin contar las dos heridas que le cogían desde la cabeza hasta los piés, la intervención en la republicana América, y la intervención en la eterna capital de Italia. Los periódicos extranjeros publicaban y los parisienses leían hasta en las aceras de los boulevares, la carta de la Reina de Holanda á Napoleón III, que decía así, arguyéndole por su política internacional: «Os forjais extrañas ilusiones. Vuestro prestigio ha disminuido en quince días como jamás disminuyó en quince años. Habéis consentido la ruina de los débiles... Vuestra dinastía está amenazada y próxima á sentir las terribles consecuencias de esa falta.» Pero ¿qué había de hacer con aquellos diplomáticos que tenía el Imperio?—Su manía era el favoritismo, su tema buscar los destinos para los hombres y no los hombres para los destinos. Pagaba á veces un favor perso-

nal con una embajada importante, y los embajadores iban á buscar el lustre y el lucro más que el trabajo y la influencia verdadera. Lavallette era un hombre agradable, pero á quien solo se le veía en los saraos, y que todo lo libraba á sus gracias personales y á su favor con las damas. De Gramont había dicho Bismark estas palabras crueles: «¡Ah! es el hombre más bruto de toda Europa.» Benedetti importunaba á Bismark todos los días con demandas de indemnizaciones por la batalla de Sadowah. Bismark le esquivaba como Dios le daba á entender, y remitía á las Kalandas griegas, á conferencias más ó menos próximas, esos espinosos asuntos. Pero todo llega en este mundo, el plazo para cumplir las promesas como el plazo para pagar las deudas. Y atosigado un día, opreso por las exigencias, le dice que se siente á su mesa y que él mismo le dictará las condiciones de un arreglo favorable á Francia y favorable á Prusia, prenda de amistad entre las dos potencias. El representante personal de Napoleón III sirve de amanuense al primer ministro del Rey Guillermo, y escribe bajo su dictado una especie de pacto en el cual se pide la cesión

del Luxemburgo y el sacrificio de la independencia de Bélgica en provecho de Francia. Luego que hubo acabado, dijo el ministro al embajador: «Ahora me guardo con vuestro permiso este papel, para mostrárselo al Rey mi señor y decidirlo á aceptarlo y cumplirlo.» El cándido diplomático dejó el papel escrito de su puño y letra en manos del enemigo de su patria, y semejante papel sirvió en día solemne para indisponer á los Bonapartes con toda Europa y muy especialmente con Inglaterra.

Estos hechos y otros muchos corrían á todas horas por Francia é indisponían á la opinión general contra el Imperio que estaba tristemente agonizando. No tenía este más remedio para levantarse en el concepto público que elegir una de las dos políticas, ó la política de la libertad ó la política de la guerra. Tuvo tal ambición que, siendo incompatibles, empleó las dos, y para castigarlo puso la Providencia tras la política de la libertad la revolución, tras la política de la guerra la derrota. Por todas partes iba al destronamiento. Ya lo veremos en el curso de esta historia.